

Cirros para un pueblo

Mi padre tenía una máquina de hacer nubes. Él era un hacedor de nubes. Ese es el nombre oficial designado a su pasada profesión, pero todos lo llamaban y yo le digo nubero.

La gente de las grandes ciudades de este país da por hecho que las nubes pasen por encima de ella todos los días, pero en lugares como este, pueblos que solo existen en la memoria de sus descendencias y que han sido abandonados al sopor de su tierra por los anales de los gobiernos, la realidad lleva tanto tiempo desprendida del mundo de afuera que debemos hacer algunas cosas para mantenerla funcionando. Y una de ellas es fabricar nuestras propias nubes.

La máquina con la que mi padre las hacía la hemos encontrado justo donde debimos abandonarla hace ya tanto tiempo. Mi padre sucumbió ante la abrumadora felicidad de verla cuando llegamos, posada todavía junto a los restos de nuestra casa calcinada, la cual tenía intactas las marcas de su arrasamiento. Musgo y sal se hundían hasta el fondo de sus vetas, pero le faltaba solo muy poco para que funcionara tan intactamente como en el pasado. Por eso, mi padre no ha parado de repararla desde que regresamos.

Esta es la primera vez que lo hacemos desde que todo sucedió. Antes de la llegada de los hombres armados, la joven vida de mi padre había estado dedicada a la esmerada paciencia de diseñar nubes en su máquina y a su destreza de hacer rotar a toda velocidad una orquesta de manivelas y una masa interminable de engranajes con formas irreales para que sus creaciones se elevasen por los aires en toda su flotante inmensidad. Jamás debió inventar más de las necesarias para regar los cultivos, sostener las cuencas de las ciénagas lejanas o darles sombra a nuestros tejados de metal y barro.

Pero con arengas en las que decían luchar por el mismo pueblo al que le apuntaban con fusiles, los hombres obligaron a mi padre a producir nubes según sus órdenes desinteresadas, y estas irrumpieron nuestras vidas con lentas sequías y borrascas desvariadas.

Mi padre pensó que eso era lo peor que el pueblo podía padecer, hasta que llegaron los otros hombres. Estos buscaban a colaboradores de la guerrilla. Llenaron las paredes del pueblo con los nombres de quienes perseguían, y uno de esos era el de mi padre. La noche antes de los asesinatos en la plaza, él me despertó en silencio y me hizo tomar todo lo poco que podía llevar conmigo para huir entre la oscuridad y los densos confines de nuestra hacienda hasta un camión que esperaba por nosotros. Él sabía muy bien lo que le iría a pasar a nuestra casa y a todo lo que habíamos dejado atrás, pero la certeza que él tenía, que ni siquiera era a dónde iríamos a empezar de nuevo nuestras vidas, era la de su máquina, pues él siempre me ha dicho, y me lo susurró aquella noche, que los hombres que usan las armas para cometer atrocidades nunca tienen la imaginación para hacer nubes.

Sin odio ahora sobre esta tierra, mi padre quiere poner a funcionar esta máquina una vez más. Le conté que quienes lograron permanecer aquí luego de la tragedia me han confesado que desde el día de nuestra partida atesoran muchísimo los colores del amanecer. Sin nubes y sin nubero, los primeros rayos de la madrugada no pueden regarse sobre los cielos. Mi padre ya ha prometido a todos que habrá cirros antes de que sea mañana por la mañana.